

Obispos latinoamericanos

¿Voz de Dios y del pueblo?

La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano será inaugurada por el Papa el mismo día en que se cumple medio milenio de la llegada de los europeos a América para quedarse en ella establemente. La fecha es demasiado significativa. Pero la situación es tan apremiante que condena cualquier intento de celebrarla como exaltación de los dominadores.

Una situación que condena a los pueblos

América Latina está violentamente intervenida por el mismo Occidente que la invadió hace cinco siglos. Una intervención fulgurante que en menos de una década ha provocado un cambio drástico de estructuras en todos los países; y que ha puesto al descubierto la falta de consistencia de las repúblicas criollas, es decir de las formaciones sociales, políticas y económicas que conformaron y rigen los europeos que se establecieron en esta parte de América dominando a sus antiguos pobladores y señoreando la tierra.

Desde el punto de vista del Occidente desarrollado hoy estaría culminando el ciclo iniciado hace 500 años convirtiendo de una vez por todas a lo aprovechable del subcontinente en colonia del Occidente mundializado y abandonando lo demás a su suerte. Para los señores criollos se trata de salvar lo salvable de su dominio transformándose en socios menores del Occidente e intermediarios de él para con aquella parte de los pueblos que cabe dentro de este esquema. Para los pueblos es una hora de muerte, como lo fue hace 500 años para amerindios y africanos. Muerte por desnutrición, por enfermedades de pobres, por violencia y represión, y muerte por silenciamiento y desprecio. Sólo se les propone la salida, sumamente improbable para la mayoría, de la capacitación, para que entren a la ciudad los mejor dotados, olvidándose de su cultura y de los suyos. Desde la primera desestructuración del mundo amerindio y africano nunca había habido en el continente tanta agresión económica, social e ideológica contra el pueblo, y un poder tan fríamente sesgado hacia los poderosos, tan corto para redistribuir a los de abajo y tan despiadado para reprimirlos. Eso, a pesar de tantas declaraciones que reconocen los derechos de todos y la especial obligación para con los oprimidos y marginados.

Una Iglesia en paz y alegre porque se va centrando en su misión

Esta situación toma a la institución eclesiástica y más en general a la Iglesia, a los cristianos en una hora de gracia. Pasó ya para muchos el momento más duro y conflictivo de la ruptura instauradora. Ya la institución eclesiástica no es sin más una de las instituciones del orden criollo vigente. Por eso ese orden caduco trata de chantajearla para que le brinde su apoyo, que necesita perentoriamente. Y por eso los pueblos comienzan ya a sentirse Iglesia, y no sólo clientes y destinatarios de la institución eclesiástica.

Es verdad que todavía no hay indígenas ni negros ni

campesinos ni gente de barrio que, como tales, sean curas y obispos, porque para llegar a serlo han tenido que dejar su cultura y los lazos primarios con su gente y convertirse en «de origen popular». Sin embargo esto comienza a cambiar porque muchos obispos y sacerdotes están ya entre el pueblo de un modo nuevo, es decir no como padres que condenan al pueblo a minoridad perpetua sino como hermanos, porque no se asumen ya como partícipes de la autoridad del Padre sino como continuadores de la ministerialidad del Hijo, que estuvo entre los suyos como el que sirve a la mesa. Estos hermanos obispos y sacerdotes gozan de gran autoridad y han sido capaces de suscitar la vocación cristiana de muchas mujeres y varones del pueblo, que a través de un largo proceso están asumiendo su condición de sujetos en la Iglesia y en la sociedad. Esta transformación es muy patente en la vida religiosa. Ya hay una vida religiosa que es pueblo consagrado y que, superando las reticencias de algunos, han podido demostrar que su condición popular no menoscaba sino que ahonda su preparación y creatividad intelectual y la hondura de su experiencia espiritual. Esta Iglesia que ya no tutela al pueblo, como las instituciones del orden establecido, sino que le abre las puertas para que entre y se exprese, y que ella misma se desplaza para entrar en la casa del pueblo goza de la confiabilidad de la gente y ella misma se siente henchida de la alegría del Espíritu.

Esta Iglesia se siente hoy golpeada por los sufrimientos del pueblo que le duelen como propios, y siente que su Señor la llama a echar la suerte con el pueblo, ya que en sus rostros sufrientes reconoce los rasgos de Jesús que la interpela. Ha visto claro que su fidelidad al Dios de la vida se juega en su entrega al pueblo escarnecido para que, conforme a los planes del Creador, tenga vida abundante. También en esta entrega ha sido paradójicamente confortada por la fe de ese pueblo que, si no puede vivir de su justicia, sí vive de su fe. Por eso esta Iglesia, fiel a su misión, es portadora de una buena noticia: Dios no quiere la muerte de los pobres, Dios opta por ellos, y por eso ella, que es sacramento de salvación, también opta por los pobres, por su justa causa, para que tengan vida. Y eso en primer lugar lo proclaman con sus vidas y palabras aquella parte del pueblo de Dios que es la gente popular de nuestra tierra.

Esta Iglesia está hoy en América Latina centrada en su tarea, absorbida por ella, sabiendo que le supera absolutamente. Y por eso desea sumar todos los brazos posibles para esta obra de Dios. Esta Iglesia no está en hora de proclamas. Es la semilla enterrada ya entre los de abajo, que germina lentamente. No está dispuesta a enfrascarse en discusiones estériles. Pero desea vivamente recibir cualquier ayuda para avanzar en su misión. Esta Iglesia se contenta mucho al encontrarse y reconocerse y se siente muy alentada al dar y recibir solidaridad y crece al actuar la comunión. No es triunfalista porque se sabe pecadora y experimenta cada día que la tarea que le encargó su Señor es muy superior a sus fuerzas. Pero como se sabe enviada por

él, vive con paz esta desmesura y se atiene a la palabra de Jesús de que a cada día le bastan sus preocupaciones. Por eso, aunque mira adelante y se propone líneas de acción, no cree mucho en organigramas preestablecidos que violentan procesos e impiden que aparezca la novedad y que crezcan los sujetos.

Esta Iglesia fue movilizada en gran parte por el Pentecostés que fue el Concilio y se expresó en Medellín y Puebla, que a su vez la relanzaron con mucho más ímpetu y conciencia de sí. Esta es la Iglesia de Dios que vive en América Latina, que peregrina siguiendo a Jesús, que se sembró en esta tierra y en este pueblo y que en esta situación de muerte da frutos de vida perdurable. Es una Iglesia como la de Antioquía, de que nos hablan los Hechos (Hch 11, 19-30; 13-14): entusiasta, creativa, con buen instinto para centrarse en lo esencial, con mucha paz, con libertad para ensayar caminos audaces y también con el discernimiento necesario para quedarse con lo mejor. Es una Iglesia pobre, cada vez más la Iglesia de los pobres. Y es sobre todo cada día más la Iglesia de los «paganos», la Iglesia de ese pueblo, derivado histórico de esos indígenas y negros, cuyas religiones fueron domesticadas, y de esos blancos de orilla que practicaban un cristianismo que se tenía como plagado de supersticiones. Ese pueblo evangelizado por los fundadores de la Iglesia latinoamericana y reevangelizado por aquellos en quienes reconoce a los continuadores del mismo espíritu, revitaliza a su vez a la institución eclesial. Se produce así una reciprocidad de dones que es la fuente de nuestra humilde riqueza. Es una hora tranquila en su bullir laborioso, un tiempo de paz espiritual en medio del dolor inmenso de este Viernes Santo continental.

Una desconfianza que puede apagar al Espíritu

Sin embargo, como sucedió en Antioquía (Hch 15; Gal 2), hay gente que viene de Jerusalén e inquieta a los hermanos. No son capaces de comprender la novedad que alumbra el Espíritu y como tampoco confían en la capacidad de discernir de nuestras Iglesias no plantean sus inquietudes con sencillez y en un clima de libertad espiritual, cómo debe suceder entre hermanos. Sólo saben imponer directrices. Están asustados y creen que los problemas se arreglan con medidas impuestas y nombramientos inconsultos y paralelos. Se empezó desconfiando de los teólogos, se continuó desconfiando de la CLAR y ahora no se confía tampoco en las conferencias episcopales ni en el CELAM. De organismos al servicio de la Iglesia latinoamericana se van convirtiendo en sus interventores. En el fondo parecieran no entender la catolicidad como la comunión de las Iglesias locales sino como la uniformidad de una única diócesis que se extiende por todo el mundo. Como que en la práctica no se considerara ya a los obispos como los pastores ordinarios de una Iglesia local sino como funcionarios subalternos para bajar la línea desde el centro, que sería el único que elabora, a las bases, que meramente reciben directrices y las ejecutan.

Hay aquí entrañada ciertamente una cuestión eclesiológica. Pero más allá de ella, entristece y duele constatar que tanto secretismo y directividad, tanto esfuerzo para que nada acontezca sino que todo siga

cauces preestablecidos sucede precisamente en una Iglesia que vive con alegría evangélica, con paz pascual y que está entregada con laboriosidad creativa a que fructifiquen los talentos recibidos. Esta fidelidad al seguimiento ha provocado con el tiempo el acercamiento de muchos, antes distantes, el respeto mutuo de quienes no siguen los mismos caminos y al menos la posibilidad de aceptar las diferencias como internas y llegar a configuraciones eclesiales que son respetadas por todos porque dentro de ellas pueden convivir personas y grupos tan diferentes.

Pero esto, con serlo mucho, no es aún lo más importante. El dolor se vuelve abatimiento porque esta desconfianza y este intervencionismo que provocan debilitamiento en las instituciones y desfallecimiento en los individuos acontece en un momento en que las Iglesias se van volcando a lo único necesario, van aceptando el desafío de conjurar, como Pedro (Hch 3,6-9), a los pueblos a que se pongan en pie en nombre del Mesías Jesús; van sembrando vida donde otros causan muerte, y todo eso, desde la fe. Una Iglesia es testigo de Jesús y semiente de vida; una Iglesia cada vez más centrada en su misión, una institución eclesial que busca seriamente adecuarse para la misión de evangelizar es una Iglesia que merece que se la confirme y que necesita que se la apoye.

Pero quienes sobre todo lo necesitan son los pueblos latinoamericanos. Este es el fondo del problema. Dios quiere que estos pueblos vivan una vida digna, como hijos suyos que son. La Iglesia latinoamericana vive porque se va centrando en esta tarea que la encomendó su Señor. ¿Por qué no reconocer esta realidad y colaborar con ella, en vez de poner sospechas, desanimar, dividir y desviar de esta tarea divina?

Una conferencia como la de Santo Domingo tiene sentido si se centra en este tema y centra todos sus esfuerzos en convertirse a esta misión y adecuar a ella estructuras, instituciones, contenidos y métodos. Muchos obispos que estarán presentes en Santo Domingo irán llevando en sus entrañas la tragedia de estos pueblos a quienes se niega el derecho sagrado a la vida, lo que cristianamente significa el vaciamiento de la creación. Irán llenos de la misericordia que sintió Jesús. Irán sintiendo el mandato del Señor de decir una palabra profética, como la dijeron los dominicos en esa misma isla hace cinco siglos en una situación de gran bullicio y trasiego económico, pero a precio de muerte. Hoy después de 500 años los pueblos latinoamericanos (indígenas, negros, campesinos, suburbanos) esperan que la institución eclesial proclame por fin que ella está de su parte, que ella siente que la vida de los pobres es un bien absoluto, incanjeable, que no va a negociar esa vida a cambio de honores y prebendas, que no se va a resignar a presuntas necesidades económicas porque se siente testigo del Dios de la vida y por eso proclama que lo único necesario es que haya vida para todos, es decir para los pobres.

Nos atrevemos a esperar que estos obispos se expresarán con calidez y entereza. Nos atrevemos a esperar que los que vienen de Jerusalén reconozcan al Espíritu de esta Iglesia, como lo hizo Santiago con la de Antioquía (Hch 15, 6-35). Nos atrevemos a esperar que no apagarán al Espíritu.